

# LA HUMANIDAD.

PERIÓDICO SEMANAL

ECO DE LA ASOCIACION LIBRE-PENSADORA DE BARCELONA.

## Redaccion.

Conde del Asalto, núm. 90, piso 3.º

## Administracion.

Riera de San Juan, núm. 3. piso 1.º

SE PUBLICA

TODOS LOS SABADOS.

## Suscripcion y venta.

Al mes 2 rs.—Número suelto 1½ real.  
Fuera de Barcelona, 7 1½ rs. trimestre.

CIENCIA.

MORAL.

JUSTICIA.

## SUMARIO.

Asociacion libre pensadora de Barcelona.—SECCION DOCTRINAL.—  
Nutricion y respiracion, IV, por J. Molleschot. (Traducido por A. Abella.)—Dios política y socialmente considerado, por J. Roig Minguet.—  
Carta de un jóven presbítero ateo y materialista á su obispo el día siguiente de su ordenacion, por Martinaud.—CRÓNICA.—SECCION VARI-  
A.—Caprichos divinos.—Crímenes abusos é inmoralidades católicas.—BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

## ASOCIACION LIBRE-PENSADORA DE BARCELONA.

Las cuentas de esta Asociacion correspondientes al próximo finido trimestre están de manifiesto, con sus respectivos justificantes, en la casa del Secretario de la misma.

EL TESORERO

## SECCION DOCTRINAL.

### NUTRICION Y RESPIRACION.

POR J. MOLLESCHOT.

(Traducido por A. Abella.)

IV.

Veamos, no obstante, si el otro grupo de la clasificacion de Liebig resiste mejor la prueba que el de las materias azoadas, si solo la grasa y los adipógenos «sirven á la respiracion» y si «en el acto de la respiracion el oxígeno hace su eleccion.»

A decir verdad, he rebatido ya esta cuestion probando que la oposicion entre la nutricion y la respiracion, que Liebig sostiene, no significa nada. Liebig, dice: «Si la albumina fuera susceptible de ser destruida ó alterada en la circulacion por el oxígeno aspirado, la pequeña cantidad de albumina que el aparejo de la digestion introduce cada

día en los vasos de la sangre, desaparecería velozmente, y el mas débil desórden en las funciones digestivas debería poner término á la vida.»<sup>1</sup>

No solamente debería ponerlo, sino que se lo pone. La cantidad de albumina que agregamos cada día al cuerpo es suficiente para compensar la urea que eliminamos. El oxígeno, que aspiramos, atrae sucesivamente la albumina á grados de combustion mas y mas elevados. Así es como toman nacimiento en la sangre y la fibrina los compuestos á que Mulder llama óxidos superiores de la albumina. Mas el oxígeno penetra tambien en los tejidos, atravesando las paredes de los vasos capilares, y cambia la albumina en materias reductibles en cola, los elementos plásticos en creatina, ácido úrico, urea y ácido carbónico. Quince días bastan para que esta combustion, que se efectúa en un cuerpo que no recibe nada para reparar sus pérdidas, produzca una pérdida de albumina tan grande que la muerte por inanicion es su inevitable consecuencia.

Es lo mas natural ver al mismo Liebig reconocer que en los individuos víctimas del hambre, no desaparece tan solo la grasa, sino que todas las materias sólidas que pueden disolverse desaparecen asimismo poco á poco. En los cuerpos estenuados de los individuos muertos de hambre, los músculos son débiles, desmenuzables, y privados de contractibilidad.

Así, pues, la grasa no es el único alimento respiratorio, lo es asimismo la albumina, puesto que se consume para formar la fibrina: lo es tambien el azufre de la albumina, puesto que se combina con el oxígeno para formar el ácido sulfúrico, cuando la albumina se cambia en caseína ó en sustancia reductible en cola. Esta es un alimento respiratorio cuando el oxígeno la consume para formar ácido úrico, y lo es asimismo este cuando en definitiva se descompone en urea y ácido carbónico por una absorcion de oxígeno. La albumina y la cola contienen azoe. Las sustancias alimenticias azcadas pueden, por tanto, pretender el nombre de alimentos respiratorios.

¿Alimentos respiratorios? ¡No, no! La denominacion es absurda, pues el hombre no come ningun alimento para destruirle por la respiracion. No vive únicamente para consumir.

La esencia de la respiración es, sin duda, una absorción de oxígeno; mas esta absorción de oxígeno es una fuerza organizadora, y no es, hasta más tarde, en el desarrollo progresivo y continuo de los fenómenos vitales, que se convierte en instrumento de destrucción. En efecto, toda evolución tiende á la disolución. Tal es la circulación de la materia.

Esta evolución es la condición del origen de los tejidos, de la nutrición. Pero ya que todas las sustancias alimenticias son plásticas y que todo alimento orgánico sufre en el cuerpo una combustión permanente, no se pueden separar los unos de los otros, la albumina de la grasa, la una como sustancia nutritiva, la otra como respiratoria.

¿Lo ha hecho Liebig? En teoría, sí; en la práctica, no. El llama muchas veces la comida que se compone de materias azoadas, alimento respiratorio, pero añade que es muy imperfecto. Dice que los elementos combustibles (de las sustancias alimenticias azoadas) no bastan á transformar en ácido carbónico y agua el oxígeno introducido en la sangre.

Y en verdad no bastan; pero ¿es esta una razón para que diga que no hacen nada? Liebig ignorará que la fibrina absorbe el oxígeno húmedo y dá ácido carbónico tal como lo han demostrado Scherer y Mulder.

Verdaderamente, si esto pasara con un hombre menos ilustre que Liebig, se creería que quiere ocultar la falsedad de su clasificación detrás de semiretractaciones y contradicciones, al verle calcular hasta el valor respiratorio de la comida. Es de esta manera como Liebig, llevado por la fuerza de los hechos adquiridos, ha levantado contra su clasificación una justa protesta.

No obstante, como persiste en sostenerla, comete una falta que es necesario combatir con tanta más energía cuando la pretendida superioridad de este modo de ver ha seducido un gran número de autores. El absurdo no es, ni será nunca, un título de superioridad.

## DIOS, POLITICA Y SOCIALMENTE

### CONSIDERADO (1).

Hasta entonces todo era indiscutible para el pueblo.

Todo yacía en el sueño de la muerte.

La Humanidad se había perdido en los abismos del misterio.

Donde quiera que se notara la vida, se veía un ser oculto que, en su inmenso poder, regia los destinos de los hombres y las cosas.

La superstición atando la inteligencia, embrutecía la Humanidad y la degradaba.

Y la existencia de Dios era una verdad dogmática que ni siquiera el hombre intentaba poner en duda.

Y como consecuencia de esta verdad se originaban los reyes de derecho divino, que en su despótica autoridad tenían al pueblo amordazado.

Y la política, esa peste abominable, ese elemento de dis-

(1) Este artículo forma parte de una obra que está próxima á publicarse.

cordia y de lucha, esa constante causa de disturbios y malestar, transformó la manera de ser de las sociedades, los que, emprendiendo una nueva marcha, entraron en un período de revolución tal, que, como dice Pi y Margall, vino á cerrar la era de paz de nuestros padres, ha encendido la guerra entre clase y clase, entre hombre y hombre, entre lo pasado y lo porvenir, entre lo condicional y lo absoluto.

La política dijo al hombre lo que el hombre era, proclamó sus derechos, le hizo soberano de sí mismo, y al grito de Libertad rompieron los pueblos las cadenas que les sujetaban al carro de la tiranía, y la Razon, recobrando su valor, luchó con el oscurantismo; el Derecho se opuso al privilegio; la Justicia á la barbarie, y el sentimiento de humanidad al principio absurdo de las razas.

Pero la obra de la revolución era una obra grande, gigantesca, y sus enemigos eran muchos y poderosos.

El problema que el pueblo había de resolver era muy complejo, y la solución era por de pronto difícil, sino imposible.

Agitábanse multitud de cuestiones que habían de formularse aun, y que únicamente el pueblo sentía la necesidad de resolver.

En primer lugar era preciso destruir el fanatismo, que se cebaba en mayor grado sobre el mismo pueblo, y que le impedía marchar de frente á la solución de los problemas que la política planteaba.

¡Y cuán difícil era la tarea!

Destruir en pocos momentos la obra de tantos siglos, arrancar de la conciencia pública el sentimiento religioso, que con amañosa intención le habían inculcado, negar de súbito al pueblo lo que él creía innegable; era una cuestión posible, pero cuasi tan difícil como difícil le hubiera sido á Arquímedes mover la tierra por medio de su palanca.

El asunto se presentaba complicado.

Se dice: la base del fanatismo es la ignorancia.

Y otros dicen: la ignorancia está basada en el fanatismo.

Segun estas dos opiniones, ¿qué era preciso destruir primero?

Y aquí los pueblos resolvieron el problema con sencillez; no quisieron discutir si la ignorancia era la causa y el fanatismo el efecto, ó si al contrario, era la ignorancia efecto y el fanatismo causa.

Tampoco quisieron saber si eran dos cosas distintas, ó si eran una sola, pero con diferentes nombres, y las emprendieron resueltos contra ambas cosas á la vez, ó contra la misma cosa, pero por distintos lados.

Para ello, tuvieron que combatir con el sentimiento y con el pensamiento, como dirían algunos filósofos; con el corazón y con la inteligencia.

La creencia en un Dios había venido á ser una necesidad imprescindible. Nadie se daba razón de su esencia, nadie conocía de una manera fija sus atributos; pero por todas partes le veían y en todas partes le encontraban. Para el vulgo, Dios se manifestaba en todo: unas veces le veía entre la tempestad desatando rayos que debían caer á la tierra en justo castigo de supuestas culpas, y otras le

miraban rodeado de magnífica aureola, acercarse á las naciones y prodigarlas riquezas, bienestar y dicha. Aquí le veían vistiéndolo el tosco sayal del ermitaño humilde, y allí le encontraban ostentando los lujosos ropajes del soberano.

Tan pronto era considerado como el ángel tutelar que debían salvar á los hombres de los horrores de la guerra, como exclamado por los pueblos para que les guiara á inhumana lucha, ó les concediera la gracia del triunfo en las batallas.

En nombre de Dios se oprimían los pueblos, y en el nombre de Dios se les concedían días de expansión y algazara.

En nombre de Dios se daba al mendigo un trozo de pan duro con que mitigar su hambre, y en nombre de Dios se le robaba al trahajador el fruto de su trabajo.

En nombre de Dios encendía la Inquisición la hoguera de la destrucción humana, y en nombre de Dios se le decía al hombre, «no mates.»

Pues, ¿qué es Dios? se preguntaron un día los pueblos.

¿Qué es Dios? preguntamos también nosotros.

Para contestar á esta pregunta, ya lo declaramos de antemano, no seguiremos á los filósofos en sus sublimes disertaciones; tampoco iremos tras los metafísicos buscando causas primeras, y ni menos haremos mención de los teólogos, que en sus sabias teorías de la revelación y de la fé, hacen imposible toda discusión razonada.

Para encontrar á Dios es necesario conocer lo absoluto, lo imperecedero, lo eterno.

Dios es lo infinito, y está en lo infinito; pero el hombre no conoce este infinito, no se dá razón de él, no lo comprende, no se lo explica: luego, el hombre no conoce á Dios.

No obstante, dirán algunos; Dios se manifiesta.

¿Cómo? ¿dónde?

¿Es que el Dios de la filosofía, es el Dios de las religiones?

¿Que el Dios de los sabios, es el Dios de los curas?

Pues si lo es, nosotros vamos á probar que Dios es una plaga.

Y para ello le consideraremos bajo el punto de vista social, bajo el punto de vista político.

Empecemos:

¿Qué es Dios?

La contestación creemos que no es difícil.

Dios es el que lo ordena todo, ó si no lo ordena puede ordenarlo: es el que rige los destinos del hombre, el que imprime la marcha al mundo; así en el orden moral, como en el intelectual, como en el físico, Dios manda, Dios dispone.

Dios es, pues, un rey que manda y gobierna; pero es un rey de la peor clase, es un rey absoluto.

En Dios reside la plenitud del poder, es ni más ni menos, la concentración, la síntesis de la Autoridad.

El, según dicen los curas, nos ha creado á su voluntad, y según confesión de ellos mismos, nos ha creado imperfectos; por consiguiente, Dios ha hecho mal uso de su autoridad, ha abusado de su poder.

Y se comprende.

Dios es un ser libre, pero no es responsable: tiene derechos y no tiene deberes: tiene, como dicen los defensores de los sistemas autoritarios, facultades discrecionales: luego Dios es la verdadera representación del absolutismo.

No se asusten por esto los hombres honrados, no dejen de leer nuestra obra por lo que respecto de Dios hemos dicho; quizá llegaremos á entendernos, quizá estamos ya conformes, quizá una misma idea nos guía, quizá queremos todos lo mismo.

Nosotros creemos que Dios no existe, y que si existiera, no existiría tal como nos lo han venido pintando hasta hoy día.

Nosotros no podemos creer que haya un ser perfectamente sabio que permita á su sombra y en su nombre se explote á la humanidad y se la esclavice.

Nosotros no podemos creer que un ser perfectamente sabio, elija por representantes suyos sobre la tierra, á papas como Sixto III, que envenenó á Bario con el pretexto de suministrarle la hostia, y que por sus escándalos tuvo que ser llamado por el emperador Valentiniano ante un concilio, al que logró comprar, comprando la conciencia de los obispos.

Y como Alejandro VI, complicado en los asesinatos de sus hijos, permitidos por César y Lucrecia Borgia.

Nosotros no podemos creer que haya un Dios que haga perecer ahogados en el mar rojo á miles de infieles por el enorme delito de no seguir la palabra de un Moisés, que como ellos era hombre.

Tampoco podemos creer en el Dios de la miseria, en aquel Dios que predica sumisión á los oprimidos, y colma de placeres á los opresores; en aquel Dios que cria un mundo para que disfruten de sus beneficios los holgazanes y divagan perdidos y errantes los que trabajan.

Y si no es este el Dios que defienden los deístas, si su Dios no es el Dios de los protestantes, ni el Dios de los católicos; si no es el Dios de los milagros, ni el Dios de las misas, ni el de las monjas, ni el de los papas, ni el de los reyes; vengán con nosotros á buscarles, y no aturdan á la humanidad con sus funestas teorías del Cielo y del Infierno, del Purgatorio y del Limbo.

En nosotros no encontrarán hombres de fe, pero si hombres de convicción.

Nosotros anti-autoritarios lo discutimos todo, hasta lo más evidente, hasta lo demostrado.

Por eso creemos que Dios es la negación del Progreso, porque es indiscutible, porque se opone á la Libertad; y donde no hay Libertad, el Progreso no existe.

Nosotros buscamos también un Dios, que tiene como el de los cristianos algo de revolucionario, como el de los protestantes algo de racionalista, pero que no tiene nada de absoluto, ni nada de fantástico, ni nada de absurdo.

Nosotros buscamos la Justicia, que, como dice Proudhon, «es severa y no consiente burlas. Ante ella toda rodilla se dobla, toda cabeza se inclina... se impone y sin condiciones; no sufre nada que la contrarie, no consiente rivalidad ni en la conciencia, ni el espíritu; y el que la sacrifica, aun que sea á la Idea, aun que sea al Amor, se

escluye por este solo hecho de la comunión del género humano.»

Y esto es lo que han llegado á comprender los pueblos, y esto es lo que ha de llevarles al término de sus aspiraciones.

El indiferentismo religioso se ha apoderado ya de la conciencia pública.

A los antiguos rezos de los místicos religiosos, les ha sucedido el edificante ruido del trabajo.

A la *humilde* plegaria ó suplica del creyente, la actividad humana.

Y á los indiscutibles dogmas de *fe*, los reformadores principios de la Razon.

Hé ahí el gran progreso.

La política ha dado el golpe de gracia á las religiones.

Las religiones son el sosten del absolutismo.

Luego el absolutismo ha muerto.

*J. Roig Minguet.*

## CARTA.

DE UN JÓVEN PRESBITERO ATEO Y MATERIALISTA Á SU OBISPO,  
EL DIA SIGUIENTE DE SU ORDENACION.

Cúmplenos antes dar algunas noticias acerca de la publicacion de esta notable carta.

Hace cerca de un año que los periódicos franceses se ocuparon mucho de cierto folleto escrito por un jóven presbítero que, despues de haber profesado y recibido las órdenes, se habia declarado públicamente ateo y materialista y ahorcado los hábitos. Aquel folleto fué luego recogido por la policia, y su autor, el cura Martinaud, procesado y condenado á prision. La amnistía del 15 de agosto le puso en libertad nueve meses mas tarde. Entonces, no pudiendo pensar en hacer de su folleto una segunda edicion en Francia, tuvo á bien confiar el manuscrito á nuestro colega de Locle *Le Progrés*, y nos anima la confianza de que nuestros amigos leerán con interés esta profesion de fé de un espíritu valeroso y sincero.

Esta carta va dirigida á monseñor Tomás, obispo de La Rochela.

### MONSEÑOR:

Hijo de obreros, mi educacion habia costado la vida á mi padre y agotado los recursos de toda la familia, por la cual estaba obligado, despues de tantos sacrificios, á procurar á los miembros restantes cierto alivio sobre el cual tenian derecho de contar.

Por nada del mundo hubiera querido causarles la menor afliccion.

Veia ante mis ojos una posicion creada, y renunciarla hubiera sido entregarme á mí y á los míos á un estado próximo á la miseria.

Mas durante el curso de mis estudios, serias dudas sobre religion cruzaban mi espíritu.

Podia rechazarlas como se rechaza una luz importuna pero esto hubiera sido cobarde: podia no tenerlas en cuenta en mi conducta, pero esto hubiera sido hipócrita; podia, desde la aparicion de esas dudas, detenerme y volver á mi taller, asegurándome por este medio una retirada libre de inquietudes y honrosa á la vista de todos, pero esto hubiera sido trabajar para mí exclusivamente.

He preferido, cual nuevo Erostrato, aventurar el incendio del templo, aun con peligro de quedar sepultado bajo sus ruinas. Hé aquí por qué he profesado, con la in-

tencion de hollar mis votos al dia siguiente. Si no los hubiese proferido, hubiera dado á entender que los respetaba; y quien, aun en apariencia, los respeta, los hace vivir.

Muy bien sé que, al inferir á vuestros misterios tan sangrienta burla, he atraído sobre mi frente la universal reprobacion, y que no faltarán almas mezquinas que me acriminen mi irrision de vuestro culto. Domina generalmente la persuacion de que, aun en esas cosas se debe usar cortesía con vosotros. Pues bien, para destruir esa preocupacion, me ofrezco como victima.

Los tiranos del pensamiento no merecen consideraciones. Hé aquí el principio que debe sustituir á aquella preocupacion.

Al aceptar entre vosotros el último grado de iniciacion, muy bien sabia que aceptaba un nombre odioso, el de clérigo de traje corto. El clérigo de traje corto es el peor de todos los apóstatas, porque es el mas ilustrado. Con frecuencia me he preguntado á mí mismo la causa del horror que inspiran los apóstatas, y he visto que aquí tambien se anida una preocupacion. Se cree que no es lícito renunciar á la religion de nuestros padres, lo que tanto vale como proscribir el progreso, puesto que si esto no es lícito, será sin duda por que es imposible encontrar otra cosa mejor. ¡Preocupacion deplorable que ha inmovilizado al pueblo chino, y es causa de la lentitud que se observa en la civilizacion de nuestros campos! Ella será la causa de ser tenida por criminal mi conducta, que no es otra que la de haber obrado segun mi conciencia; y á pesar de los rudos golpes que le dá cada dia la instruccion, tendrá bastantes fuerzas para presentarme como un monstruo: no importa con tal que logre contribuir á su esterminacion con el caudal de mis facultades.

Para poner fin á los combates de gladiadores, preciso fué que bajase espontáneamente á la arena del Coliseo un hombre libre para hacerse devorar por las fieras: así mismo el mundo no perderá su aficion á las vanas creencias hasta que un buen número de hombres generosos se encarguen de todos los males que aquellas llevan en germen mostrando en sus personas todo el mal que pueden causar á las mas dignas existencias.

Esto me consolaria, si mi expiacion fuese bastante, si mis infortunios alcanzasen el fin, sí, en un porvenir mas ó menos cercano, podian arrancar de todos los corazones aquel grito con que el poeta Lucrecio termina la pintura del homicidio no juridico sino sacerdotal de Ifigenia:

«¡Cuánto mal engendró la religion!»

Animado por estos deseos, monseñor, yo, jóven presbítero, reciente hechura de vuestras manos, me declaro ateo y materialista.

Me burlo de vuestras maldiciones y desprecio vuestros santos furors. En los tiempos de Vanini hubiera usado el mismo lenguaje: ninguna potencia me impediria armonizar mis palabras con mis convicciones.

No se crea que me declaro ateo para ganar popularidad, sino para conseguir la gloria, bien lo sabeis, monseñor, de las vias mucho mas fáciles. Si hablo es con una mira de utilidad pública, con la mira de demostrar la manera de emanciparse.

Vosotros no creéis en la existencia de los ateos, ó por lo menos así lo afectais: habeis creado la imposibilidad para mejor combatirlos, á vuestra manera, con un juego de palabras: es decir, que lo que mas les concedéis es el deseo de encontrar la verdad de sus aserciones. Así os he oido decir en cierta ocasion que no habiais encontrado un incrédulo en toda vuestra vida. Pues bien, el que hoy os presento os lo doy asegurado: tiene mas que el deseo de llegar á ser lo que dice:

No: el ateismo no es un vano alarde: es la protesta de todo lo mas íntimo y serio de la conciencia humana contra todo lo que hay de mas pueril en el mundo: la supersticion y el fanatismo. Ser ateo no es una audaz rebelion

contra un ser supremo, ni un atentado contra la sociedad: es la afirmación de las conquistas de la ciencia, que ha barrido á Dios del mundo, demostrando que su papel aquí era una impostura, y que descorriendo el velo de los orígenes de la idea de Dios, los ha rechazado por sospechosos: ser ateo es formar en las filas de los más sinceros amigos de la humanidad, luchando para emanciparla de la esclavitud intelectual, fundamento de todas las esclavitudes.

Quisiérais colocar al ateo entre los monstruos y las esfinges: yo no encuentro cosa más natural que ser ateo. Para no creer en la existencia de Dios ni en la del alma, no se necesita más que una firme resolución de no querer traspasar los lindes del espíritu humano: para admitir uno y otro dogma se requiere una resolución opuesta: ahora decidme, ¿de qué lado existe la temeridad? Siglos hace que Plinio, el naturalista, resolvió la cuestión acusándoos de osadía estremándoos y hasta tachándoos de locos por querer hallar en el universo algo más que el universo mismo, y en el cuerpo otra cosa más que el cuerpo.

Si creyésemos en Dios, comprendemos que el negarle fuera un descaro inaudito; seríamos peores que los gigantes de la fábula, que querían destronar al mismo Júpiter. No, si le negamos es porque no creemos en él, y no creemos en él porque semejante creencia no nos es permitida por nuestra razón. ¿Es esto acaso rebelarse contra el cielo?

Oigo á muchos de vosotros que nos dicen: «Somos vuestros mediadores; vemos para vosotros.» Aquí es donde sube de punto vuestra arrogancia. ¡Vosotros los mediadores de los pueblos! ¿Y con qué derecho? Difícil os fuera exhibir vuestros títulos.

Nada importa que vosotros, adoradores de Budha, de Jesús ó del Ser supremo constituyais el mayor número, y que nosotros ateos seamos la minoría: pues, por lo mismo, ni es digno de nosotros sostener con respecto á esa minoría el partido de una prudente reserva, ni lo es tampoco en esa mayoría que formais sostener sus vanas pretensiones con orgullosa conducta.

Mucho cacareáis vosotros, especialmente los que habéis gastado á fuerza de besos la sandalia de San Pedro; cacareáis mucho, repito, el sacrificio de vuestra razón; pero ya sabemos cuánto vale ese sacrificio: debiérais hacerlo consistir no en admitir ciegamente y sin discusión las opiniones ajenas, sino en escluir sin piedad de entre las vuestras todas las que carecen de fundamento, y sobre todo en no imponerlas á nadie: más preferís vuestra divisa de *humillarse para reinar*, sufriendo voluntariamente un yugo que imponéis luego á los otros. Hubo un tiempo en que mucho debían cuidar vuestros discípulos de guardar, hácia vuestra enseñanza, tan ciego respeto, sin lo cual los quemabais para *gloria de Dios y salud de su alma*. Hoy vuestros medios han cambiado, pero son las mismas vuestras intenciones.

Una palabra sobre vuestra vieja astucia: ella consiste en hacer creer á vuestros adeptos, para prevenirlos contra las primeras aspiraciones que pudieran hacérselos propicios, que nuestra conducta está inspirada por la pasión, y que á ella debemos nuestro deseo de que no exista Dios ni el alma. Limitais todo nuestro ateísmo y materialismo á vuestro famoso *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus*.—«Dijo el impío en su corazón: no hay Dios.» ¡En su corazón y no en su mente! Hé aquí un error de los más groseros: precisamente las pasiones tienen mucho menos cabida entre nosotros que entre los vuestros, por que no se abrigan bajo el manto del celo—esta es la expresión de vuestros libros sagrados:—entre nosotros nada puede disimular la deformidad de las pasiones. Si cometemos una falta, no nos consideramos absueltos con ciertas palabras murmuradas sobre nuestras cabezas, y si aspiramos al título de hombres honrados, debemos serlo en realidad, puesto que nadie por dinero nos espide diploma

de honradez. No conocemos esos pactos con el cielo, tan admirables por su oportunidad, que llegan, según os conviene, á dispensaros hasta de la virtud. Nuestros principios son más inflexibles: tal vez condenan menor número de acciones que los vuestros: solo condenan lo necesario; pero condenan siempre.

Nosotros no tenemos infierno, porque no queremos hacernos necesarios enviando á las llamas para toda una eternidad á los que no quieren hacerse redimir por nuestra intercesión ó, en otros términos, á los que no quieren manteneros sin trabajar: pero tenemos la conciencia implacable, que perdona el verdadero arrepentimiento, pero nada más.

No se nos venga diciendo, pues, que el ateísmo y el materialismo, soltando el freno á las pasiones, arrastran en pos de sí la desdicha. Si este mundo es un valle de lágrimas débese á vosotros: vosotros sois los verdaderos verdugos de la humanidad.

Abrís en los corazones abismos que no podeis llenar: vuestros sueños solo sirven para irritar los deseos del hombre, al tiempo que con vuestra sistemática indiferencia hácia los bienes presentes—que simulais para que la crean los hombres sencillos—convertís la realidad en cosa mucho más dura de lo que debiera ser.

La dicha, sin embargo, está en la realidad; no, como tantos piensan, en la ilusión. Se encuentra en la conformidad con la naturaleza y en la aquiescencia á sus leyes.

Mientras amamantais con viento y humo á las gentes bastante cándidas para daros crédito, nosotros ofrecemos á todos como alimento la naturaleza, con sus dos grandes auxiliares, la ciencia y el trabajo. La tierra nos basta, el cielo nada nos importa, la inmortalidad no la queremos; dejamos para los ambiciosos eso de perderse entre las nubes (1).

Al renunciar á los goces quiméricos, despreciamos también todos los vanos terrores: no existen para nosotros ni el infierno, ni el diablo, ni el fuego temporal ó eterno: todo esto nos inspira desdeñosa compasión.

Libres de la tiranía del deseo y del temor, gozamos de una serenidad perfecta; algunos de nosotros, no emancipados aun del todo de sus antiguas preocupaciones, son los únicos que experimentan todavía algún temor.

Lo que acabo de decir respecto de la felicidad, puede aplicarse al desinterés y á todos los nobles instintos del hombre. ¿Con qué título osais abrogaros su monopolio? ¿Habeis comprendido nunca el amor puro? ¿Acaso no lo habeis perseguido indignamente con vuestros anatemas en cierta ocasión memorable? (2) No consentís otro móvil en el hombre que la salud eterna, es decir, el más absurdo de los intereses particulares. Y si humillais ese interés delante de un Dios cuya santidad consiste en exigir adoraciones bajo penas imaginables, es para darle como el modelo de un déspota sombrío y feroz, como el tipo del egoísmo más sórdido y repugnante. ¿Y qué haceis de la dignidad humana el más poderoso estímulo de amor á nuestros semejantes? La escamoteais, por decirlo así, convirtiendo al hombre en ser el más despreciable, al declararle incapaz de todo bien.

Nosotros seguimos opuesto camino; empezamos por glorificar al hombre, y le declaramos demasiado grande para tener dueño; y después de haberle emancipado, le decimos: «Sigue tu naturaleza.» Esto basta para hacerle capaz de todo heroísmo, porque la abnegación está en su naturaleza, y le es tan necesaria como el alimento del cuerpo. Aquí como en todas las cuestiones de instinto, todo depende de las circunstancias impulsivas y del libre

(1) A ellos se dirige Plinio el naturalista en este bello pasaje: «Eadem (humana) vanitas in futurum etiam se propagat, et in mortis quoque tempore ipso sibi vitam mentitur.»—La humana vanidad se propaga hasta más allá de la tumba, y aun en el tiempo de la muerte, se engaña á sí misma con vanas promesas de vida futura.»

(2) Aludo á la condena de Fenelon.

vuelo de la razón. En la comprensión de esta verdad hallan el ateísmo y el materialismo el secreto de la perfecta abnegación.

Nada más común que oír: «El ateísmo y el materialismo nada valen para el pueblo: el pueblo necesita de una religión.» Aun cuando esta máxima tiene á su favor la opinión de hombres muy respetables, la creo una preocupación. El pueblo no tiene interés de ninguna clase en ser religioso: su religión solo aprovecha á los tiranos. ¿Por qué razón combaten estos con tanta fuerza el ateísmo del pueblo? Porque para el pueblo ser ateo sería ser libre.

Ya sé que ante todo debe ilustrarse al pueblo, sin lo cual su vuelta á la naturaleza sería su vuelta al estado salvaje: pues bien, ilustradle y vereis de cuantos prodigios le harán capaz su ateísmo y materialismo.

En resumen: en la especulación, verdad de todo cuanto se afirme, para no afirmar más de lo que se ve ó se puede ver, en la acción, prudencia, rectitud, vida, amor, y como coronamiento del edificio, la mayor suma de bienestar relativo que puede alcanzar el hombre:—há aquí el cortejo del ateísmo y del materialismo.

¿Es esto, monseñor, aquella hidra que os complacéis en pintar con tan negros colores?

En vano, pues, lucháis: vuestro reinado se acabó, y comienza el de la ciencia, que muy pronto habrá triunfado en toda la línea. A excepción de algunas pocas reminiscencias que, como he dicho antes, no pueden desaparecer tan pronto porque están muy arraigadas, pero que desaparecerán también, vuestras viejas preocupaciones pierden terreno cada día: ya casi no podeis contar más que con las mujeres y los hombres que no saben leer. Pero pronto las mujeres se sustraerán á vuestra tiranía y los hombres aprenderán. La ruina de vuestro soberbio edificio es ya casi un hecho, y lo más curioso es que, comenzado y continuado por vosotros, se consumará también por vuestros mismos esfuerzos. Sois vuestros más terribles enemigos, porque todos vuestros esfuerzos sirven para establecer que para seguir vuestras doctrinas, es necesario que el hombre deje de ser razonable.

Parapetaos, pues, contra la ciencia; fulminad anatemas, reunid Concilios, acabad de mostrar que entre vosotros y la ciencia no hay conciliación posible: no importa. Os destruiréis á vosotros mismos: quedareis aplastados bajo las ruedas del carro que quereis detener. O para hablaros el lenguaje de uno de vuestros hierofantas: «Reuníos de todos los confines del universo, y sereis batidos; trabajad en urdir conspiraciones para verlas abortar, amenazad en vano, que Dios está con nosotros.»—*Isaias*.

Si existiese Dios, de seguro que estaría en nuestro favor: pero como Dios no es más que la gran resultante que se traduce á veces en el hombre por medio de sublimes transportes, ¡oh! entonces, con mil veces más razón que Mirabeau á Barnave, os podemos decir: «¡No, la divinidad no está en vosotros!

Pasó el tiempo en que era fácil abusar de los hombres por medio de bellas palabras.—Hoy cuando les llamais, como el cocinero de la fábula, con vuestra traidora voz, se apresuran á contestar: «A otro perro con ese hueso.» En vano les habláis de libertad, cuando saben que pasáis vuestra vida ocupados en forjar cadenas. En vano haceis brillar ante sus ojos la elevación del hombre, cuando saben que le embruteceis y que solo vais detrás de la ciencia para esclavizarla. Cesad, pues, en vuestro intento de hacer víctimas á los hombres con vuestro lenguaje fantasmagórico, que ha venido á sustituir á la fantasmagoría de los hechos, á vuestros milagros, visiones y otros juegos de manos.

Hé aquí lo que os dicen los hombres por mi boca, y pronto esa protesta será universal, no lo dudeis.

Entonces renegado no significará hombre de progreso, sino retrogrado. Entonces el verdadero sacerdote será el hombre virtuoso que da su pensamiento al mundo, y no

el bribón, á quien Demóstenes, en su discurso contra Eschines, ha puesto de relieve mostrándole sin cesar en acecho de una ganga ó de un honorario, que estafa por medio de ciertas muecas. Entonces yo, en vez de cura de levita, seré sacerdote del progreso: estos no cuestan nada y son más útiles.

Entretanto, erigid en dogmas, bajo pretexto de que Dios os habló, todas las cavilaciones de los filósofos, plagiando aquí y allá á riesgo de contradeciros de la manera más ridícula, y de aliar alguna vez, en un mismo capítulo á Epicuro con Platon, como sucede en el tercero del Eclesiastes. No contentos con fabricar esos dogmas, imponedlos; y no contentos con imponerlos, vendedlos, si os place: corromped las conciencias y hacedles pagar esa corrupción con más descaro que la última prostituta.

Pero todo ese juego concluirá, porque la indignación de los hombres honrados se apresta á dar buena cuenta de él.

Aprovechad el poco tiempo que os resta.

No olvideis, sobre todo, vuestras misas: no permitais que viva ocioso ese poder que me habeis dado de hacer dioses de pasta de alfeñique ó de harina, que viene á ser lo mismo. ¡Quién lo creyera, monseñor que en la época presente pudiera el hombre hacer un Dios y comunicar este poder á otro hombre! Pero lo más admirable para mí es que ese poder no pueda perderse una vez adquirido. Así, por impía que parezca á ciertas gentes, la mano que está trazando estas líneas puede todavía hacer dioses, y hasta—suponiendo que no tuvieseis vos el propio poder—ella apóstata, ella condenada y cargada con toda suerte de maldiciones, podría espediros, bajo pliego cerrado, uno de esos dioses hecho y derecho, y dispuesto á ser tragado, dijero y...

Habeis de confesar que todo esto es magnífico, sublime, piramidal... ¡Confesad, para concluir, que sois gente muy divertida!...

¡Triste es por el contrario, que en pleno siglo XIX existan aun personas bastante cándidas para tomar por lo serio vuestras humoradas!...

LA RELIGION ES LA INFANCIA DE LOS PUEBLOS: EL ATEISMO ES SU EDAD MADURA.

Me preguntareis quizá monseñor, como el ateísmo, que afirmo ser la gran escuela de la humanidad, ha podido inspirarme tal ingratitud contra la religión que me ha educado. Vuestro cargo fuera justo si considerase yo la religión como la considerais vosotros: pero como la veo de modo distinto, aun cuando hubiese sido conmigo una madre cariñosa, mi deber sería abandonarla. Os aseguro que para mí no es título de gloria haber pertenecido á ella, al contrario: los que siempre han tenido la dicha de vivir ajenos á su perniciosa influencia, me miran como un hombre curado de las viruelas. ¿Y por nada contais los obstáculos que habeis opuesto á mi curación?

Mucho dista de haber sido la religión mi madre cariñosa. Salvo algunos hombres de los vuestros, á quienes siento haber disgustado al separarme en general, ningún buen recuerdo puedo conservar de vosotros. Me habeis hecho sufrir horriblemente, y hasta con perdonaros, como perdono, á todos mis enemigos, aun los más indignos de mi generosidad.

Concluyo, porque no todo puede decirse de una sola vez: lo dicho basta á mi propósito, que es el de dar un ejemplo de valor.

El hombre que ha escrito esta carta es, antes que todo un hombre sincero, que ha reflexionado profundamente, Léasele y se verá de qué manera la rectitud y el serio exámen pueden llevar á la perfecta despreocupación, aun en las circunstancias más desfavorables.

Desearia, monseñor, poder ofreceros algún consuelo, besando vuestro anillo pastoral.

Pero como en definitiva no sois más que un hombre, ó tal vez menos que un hombre, me limito á deciros, como

á todos mis amigos, que si lo pasais bien, me alegraré mucho de ello.

Este era el saludo de los antiguos romanos, y tambien el mio.

*Hoc signum in omni epistola ita scribo.*—San Pablo á los de Tesalónica.

MARTINAUD.

## CRÓNICA.

Hemos recibido una carta firmada por el Dr. D. Tomás Solano, de Tierrantona, en la que apoyándose en el estudio de algunos fenómenos patológicos demuestra la no existencia de ese pretendido espíritu llamado alma. Sentimos vivamente que la falta de espacio nos impida darla á conocer á nuestros lectores, pero nos reservamos hacerlo en tiempo oportuno, pues creemos que es un documento que puede proporcionar preciosos detalles á los que se dedican al estudio de los problemas fisio-psíquicos. Damos la enhorabuena, al par que las mas espresivas gracias por su atencion, al Dr. Solano.

Copiamos de nuestro festivo colega *Gil Blas*:

«El espantoso terremoto de Cottabato ha ocurrido en dominios de mil veces ponderado catolicismo, y en el dia en que se celebraba la fiesta de la Concepcion.

Toda la alegre poblacion es hoy un monton de ruinas.

Me gustaria oír á un presbítero esplanar ante un corro de viejas la proposicion siguiente:

«De como un terremoto en pais católico y en dia de »fiesta extraordinario prueba evidentemente la especial »proteccion que nos dispensa el Altísimo.»

¡Habrás visto descreido! ¡Oh, oh! Estos tiempos... ¿Verdad, hermana *Conviccion*?»

¡Llorad, oh hijas de Sion! ¡Campanas, tocad tristemente. Los partes telegráficos nos anuncian que el domingo de Pascua el Papa no bajó á la basilica; es decir, la basilica no fué pisada por aquellas benditas y odoríferas sandalias. ¡Pobre basilica!... mas, alegraos, bienaventurados católicos, el *Infalible* no bajó á la basilica, pero en cambio ofició en la capilla Sixtina, recibiendo á numerosos extranjeros, á los que dijo que el motivo de no exhibirse era el tener gran dolor al ver las iglesias profanadas, los ministros de la religion insultados frecuentemente, siendo imposibles las procesiones de Semana Santa por tantos escándalos.

Y ahora con mas razon decimos: «llorad católicos, que vuestro jefe tambien llora.» El monstruo del Ateismo se cierce sobre la cabeza de la Iglesia. ¡Pio llora, Pio se lamenta, estais perdidos, ya lo veis, estais perdidos!

¡Oh si estais perdidos! ¡esos ateos son lo mas malo! Presentan las cosas tan claras, son tan partidarios de la Razon... que no hay mas remedio, la ignorancia huye, la ilustracion aumenta, y dentro breve tiempo caerá el carcomido edificio de las religiones suplantándose en su

lugar el reinado de la Justicia.

Si, Mastai Ferreti, si, Dios vetusto, llora, y llorad con él vosotros los católicos; las ideas circundan, la propaganda aumenta... Llorad infalible, que la hora de la emancipacion de las conciencias se acerca por momentos.

Segun despachos telegráficos recibidos de Roma; el *infalible* Pio tuvo en la mañana del 27 del finido Marzo una larga y cordial audiencia con los príncipes de Gales, en la cual dió gracias á la reina Victoria por sus constantes testimonios de simpatia hácia él y su solicitud hácia los católicos, y terminó *alabando* el espíritu religioso del pueblo inglés. Concedamos no mas que por un momento que sea verdad dicho espíritu, pero, ¿cómo comprendemos esa muestra de deferencia, esa gratitud sin limites á una reina y á un pueblo que tienen única y exclusivamente como á religion del Estado, la protestante? ¡Oh, medita pueblo, medita! Calcula bien ese hecho y comprenderás fácilmente que si bien los diversos religionarios se tienen un odio entrañable por la diversidad de sus sectas, saben unirse cuando pelagra su medro comun: la idea de la Divinidad, base de todas las religiones.

¡Paso, pues, á la Ciencia, á la Moral, á la Justicia, y caigan ya de una vez esos burdeles, llámense iglesias, sinagogas, mezquitas, pagodas ó cualquier otro nombre! ¡El carro del Progreso avanza! ¡Ay de los propagadores de tanta mentira, de tanta farsa!!

## SECCION VARIA.

### CAPRICHOS DIVINOS.

En tiempos, no remotos, muy recientes, con gran pavor y espanto de las gentes, en la vecina Francia adictos al *Señor*, con arrogancia, y con orgullo insano contrario al *mandamiento* soberano, de á *Berlin* dieron gritos atrevidos creyendo ser de *Dios* los protegidos. Oidos tales gritos tremebundos por los pueblos germanos furibundos, muy pronto respondieron á *Paris*... y en *Paris* aparecieron: tambien estaban ciertos y seguros que *Dios* la puerta abria de sus muros.

Costó por ambas partes el capricho, segun recientemente nos han dicho las crónicas del mundo noticiario, en abundancia sangre y aun dinero. Lo cierto y positivo, es que este duelo á muerte dió motivo á infinidad de *ruegos* cotidianos por parte de franceses y germanos alzados de uno y otro campamento á favor respectivo de su intento; mas siempre dirigidos con *fe hirviente* al *Dios de los ejércitos* valiente.

Al uno le fué próspera la suerte  
y, semejante al génio de la muerte,  
á Dios siempre invocando,  
los campos ¡inhumano! fué talando,  
y arrasando en su nombre las ciudades,  
logró triunfar á costa de maldades.  
—¡Y Dios, siempre impasible,  
en medio de su trono indestructible,  
los ayes escuchaba  
de un pueblo que en su nombre maltrataba,  
el vencedor sañoso,  
¡el déspota inhumano y orgulloso!...  
Y Dios, tan bondadoso, tan clemente,  
dormitaba sin duda indiferente,  
y en nada se entendía  
de tan grande y feroz algarabía!...

*Sarcasmo es que me inflama  
de indignacion el pecho en viva llama,  
el oír á cierta gente mentecata  
del modo como trata  
á la inútil hipótesis divina,  
llamándola la DULCE, la PRISTINA  
CLEMENCIA, la BONDAD en su pureza,  
la SUPREMA BELLEZA,  
la OMNISCIENTE JUSTICIA...  
Verdad hueca y sonora... mas ficticia.*  
A. Vinardell Roig.

### CRIMENES ABUSOS E INMORALIDADES CATÓLICAS.

Días atrás fué una jóven esposa de un trabajador á confesarse con un señor canónigo de la catedral de Barcelona, y como en la confesion le dijera que alguna vez habia dicho *malas palabras*, aquel, saliéndose de sí y adoptando un tono de excomunion, la dijo: *¿malas palabras profieres? ¡estás condenada, y la criatura que llevas en tu seno la parirás muerta!*

La pobre jóven, que se hallaba embarazada de algunos meses, está de resultas de esto con una desesperacion continua y unos ataques de nervios que se repiten á cortos intervalos, resultado todo de la impresion que en su imaginacion de mujer hicieron las palabras del brutal canónigo. Y el caso es que la jóven en cuestion habia tenido propension á un reblandecimiento cerebral cuando soltera, propension que si bien ha desaparecido con el matrimonio, puede volverle y dar lugar á un reblandecimiento, gracias á tan tremendo exabrupto.

Véanse, pues, los funestos resultados de la confesion, y de estar supeditada la mujer á la religion católica y sus indecentes ministros.

Ya que no hay una ley que pene actos de esta clase, nos reservamos el publicar el nombre de este señor canónigo, si la jóven aborta ó pare el hijo muerto.

## BOLETIN BIBLIOGRAFICO

# HISTORIA DE LOS JESUITAS

POR

A. Boucher.

Un tomo con 10 láminas, 52 reales.

# LAS CONFESIONES

POR

J. J. Rousseau.

Un tomo con 6 láminas, 42 reales.

# VIDA DE JESÚS

POR

E. RENAN.

Un tomo, 22 reales.

# LOS APÓSTOLES

POR

E. RENAN.

Un tomo, 20 reales.

# SAN PABLO

POR

E. Renan.

Un tomo, 18 reales.

Por todo lo no firmado.—A. Rico y Garcia.